

Una cooperativa agrícola de Guinea-Bissau*

Guinea-Bissau es uno de los más jóvenes estados africanos que emerge a la independencia política, luego del secular dominio portugués, en 1973. Ubicado en la costa occidental africana, con una extensión de 36.125 Km², tenía en 1976 490.000 habitantes.

En muchos países de Africa, donde se han producido trascendentes transformaciones sociales, en la lucha por su independencia económica, que conlleva el necesario desarrollo de sus actividades productivas, han considerado que las formas cooperativas de producción son uno de los caminos más aptos para su crecimiento en el agro, donde reside la mayoría de la población. Ya en el largo período de la lucha contra la dominación portuguesa, Amilcar Cabral, líder del PAIGC (Partido Africano por la Independencia de Guinea y Cabo Verde)* declaró en 1969: "...Poco a poco tenemos que ser capaces de crear cooperativas, en primer lugar acrecentando la cooperación entre las familias, y seleccionando luego los mejores activistas para que las reúnan en cooperativas, para desarrollar un sistema cooperativo que, en nuestra opinión, es el camino más corto para desarrollar nuestra agricultura y nuestra economía en nuestra tierra del mañana".

La REVISTA DEL INSTITUTO DE LA COOPERACION, continuando con el objetivo de ofrecer en esta sección diversos aspectos del multifacético desarrollo del cooperativismo en el mundo, reproduce en este número un trabajo acerca de la cooperativa agrícola de Contuboeil, que fuera editado en "Ideas y Acción", publicación de la Campaña Mundial contra el Hambre / Acción pro desarrollo de la FAO, Roma, N° 131 (5/1979), páginas 14-22 y 27.

El objetivo de estas páginas es describir y analizar la experiencia de una cooperativa de producción agrícola en Guinea-Bissau. Lo hacemos con el fin de recoger y difundir las enseñanzas de esa experiencia, aunque sabemos de antemano que no se trata de proponerla como "modelo" a imitar. Es verdad que nos hallamos ante un caso cuyos resultados han sido extremadamente positivos, tanto en lo que respecta al aumento de la producción –dos cosechas de arroz por año– como en lo que se refiere al interesante proceso de movilización popular. Pero sería erróneo generalizar las conclusiones o pretender la transposición de fórmulas concretas. Precisamente el gran valor del trabajo en curso en la aldea de Contuboeil reside en su enraizamiento en las condiciones locales y en su adaptación a una realidad social determinada.

La reflexión sobre esta experiencia es sumamente oportuna: el problema del cooperativismo agrícola sigue siendo una cuestión fundamental en el mundo rural de nuestros días, particularmente en las sociedades campesinas del continente africano. Numerosos países de Africa, conmovidos por profundas transformaciones sociales y en lucha por la independencia económica y la liberación de las cooperativas de producción para el desarrollo de su agricultura. Es el caso de Guinea-Bissau.

(*) EL PAIGC, partido gobernante en el nuevo estado africano, dirigió la lucha independentista. En febrero de 1973, Amilcar Cabral es asesinado en Conakry (Guinea); el 23 de octubre del mismo año, cuando el PAIGC controlaba los dos tercios del territorio, declara unilateralmente la independencia. El 26 de agosto de 1974, el Ministro de Relaciones Exteriores de Portugal firma en Argel el reconocimiento de la misma.

Que esta orientación sigue en vigencia lo prueba el Discurso sobre el Estado de la Nación pronunciado por el presidente Luis Cabral, en mayo de 1978, ante la Asamblea Nacional Popular: “El Comisariato de la Agricultura debe tener una acción decisiva en la vida de las cooperativas que estamos por constituir. Creemos en la importancia del movimiento cooperativista, pero también somos conscientes de las dificultades que enfrenta. Las cooperativas no son cosas fáciles de hacer. En muchos países, pasaron años y años antes de que se alcanzara un modelo que podía servir. Pero ya tenemos algunas experiencias de cooperativas a nivel de nuestros combatientes por la liberación y de las iniciativas de nuestros compatriotas retornados de Francia y Senegal” Las experiencias a que se refiere Luis Cabral y representan importantes pasos adelante, sea en el caso de los ex combatientes de las FAFP (Fuerzas Armadas Revolucionarias del Pueblo) que fueron desmovilizados y ahora se encuadran en cooperativas de producción, sea en el de las iniciativas mencionadas de grupos de ex exilados e inmigrantes (especialmente la Cooperativa Domingo Ramos).

Este esfuerzo de desarrollo rural está sujeto a criterios políticos que fueron clarificándose gradualmente y que se pueden sintetizar en dos principios: garantizar prioritariamente la seguridad alimentaria de la población y confiar ante todo en la movilización de las masas campesinas.

La importancia del primer principio puede pasar inadvertida. Sería fácil en un país como Guinea-Bissau, tan dependiente de la importación de productos del extranjero, caer en la tentación de seguir una política agraria esencialmente volcada hacia la exportación, dando prioridad a los cultivos que, colocados en el exterior, puedan equilibrar la balanza comercial. El resultado podría ser el agravamiento de la situación de dependencia, condicionando la producción interna a las exigencias del mercado exterior. Por el contrario, al darle prioridad al criterio de la seguridad alimentaria para la población, la producción agrícola pasa a estar condicionada ante todo por las necesidades populares, y toda la economía se centra, entonces, en las realidades internas del propio país. Esto, evidentemente, no excluye que también se incremente la producción agrícola destinada a la exportación y al abastecimiento de la industria local, objetivos por otra parte expresamente mencionados pero secundarios.

El otro principio es tener confianza en la movilización de las masas campesinas. Esta insistencia podría haberse originado en las dificultades surgidas con los proyectos agrícolas que dependían directamente del Comisariato de Estado de la Agricultura. En efecto, las granjas estatales existentes en diversas regiones de Guinea-Bissau enfrentan deficiencias de gestión y sus resultados parecen poco alentadores. En el mismo discurso, Luis Cabral daba un ejemplo sugestivo: “En Pitche realizamos una experiencia con mijo en 17 hectáreas de tierra. Me pregunto: en vez de hacer nosotros la experiencia, directamente organizada por el Comisariato de la Agricultura, ¿no hubiera sido mejor movilizar a los campesinos para que participen en esta acción de producción de mijo?”. Todo indica, por lo tanto, que la orientación fundamental consistirá en una política centrada en la movilización de los campesinos y en el apoyo técnico a esa acción de base.

Es exactamente en este marco que opera la cooperativa de producción agrícola de Contuboe.

Una cosecha e n la estación seca

Transcurría en Contuboe la estación seca del año 1977. Escaseaba el arroz - alimento base del pueblo guineano- y las reservas de la temporada anterior estaban casi

agotadas. Frente al Almacén del Pueblo de la aldea, mucha gente hacía cola, esperando conseguir al menos un puñado para llevárselo a la casa.

De pronto, un grupo de hombres y mujeres irrumpió en la aldea cantando y bailando. Se acercaron a la cola del negocio. En sus cabezas transportaban las tradicionales calabazas partidas por el medio que usan como recipientes para tantos productos cotidianos. Y adentro había arroz recién descascarado.

No había memoria de una cosecha de arroz en plena estación seca. Algunos se espantaron, pero hasta los más reticentes se tuvieron que rendir a la evidencia. Los que no lo hicieron entonces, ciertamente se arrepintieron luego. Lo que estaban presenciando podría haber transformado su manera de vivir.

¿Qué había ocurrido?

Fuimos a verlo con nuestros propios ojos, después de un largo viaje en land-rover, saliendo de Bissau por la ruta a Mansoa y pasando por Mansabá y Bafatá, la segunda ciudad del país, enclavada en las bellas márgenes del Geba, nuestro río más importante. Estamos en la tierra de los fulas, uno de los principales grupos étnicos, predominantemente musulmán, con un tipo de sociedad semi-feudal: hay un jefe en la cúspide jerárquica y una notable estratificación de clase (autoridades religiosas, comerciantes, artesanos, siervos, etc.).

Las tabancas (aldeas) que atravesábamos mostraban una buena organización del espacio; los conjuntos de habitación familiar se distribuían ordenadamente, separados entre sí por empalizadas de caña. En los sitios públicos de reunión, junto a la ruta o frente a los edificios, vagabundeaban muchos hombres, porque el grueso del trabajo recae sobre las mujeres. Ellas son las que aseguran las tareas domésticas, además de garantizar todo el proceso del cultivo de arroz y de las legumbres. Entre los hombres hay algunos artesanos y músicos (cesteros, sastres, sonadores de instrumentos), pero la mayoría son pastores y criadores de ganado, aunque algunos también cultivan maní, mijo y mandioca.

Nos acompañó un técnico del Departamento de Experimentación y Producción de Arroz (DEPA, dependiente del Comisariato de Estado de la Agricultura). DEPA inició sus actividades en 1977 con dos experiencias en sitios muy diferentes del país. Uno de los centros está ubicado en Catió, en la región de los balantas, sudoeste de Guinea-Bissau, donde el cultivo del arroz se efectúa en la franja litoral invadida por el agua de mar. Los balantas utilizan comprobadas técnicas ancestrales y construyen un hábil sistema de diques que impide la subida del agua de mar. Como la tierra es salina, deben esperar que las lluvias laven gradualmente la sal depositada e irriegen los arrozales.

Otro centro de DEPA está próximo a la aldea de Contuboel, una región donde las lluvias son la fuente principal de irrigación a pesar de la proximidad del río Geba.

El centro experimental de arroz

Contuboel está ubicada a unos 20 kilómetros al norte de Bafatá, relativamente cerca de la frontera con el Senegal, país al que se trasladan numerosos grupos de jóvenes para trabajar temporarios –3 ó 4 meses– en la cosecha de maní.

Lo primero que nos hicieron ver al llegar fue una bolanha (campo de arroz) cultivada según los métodos tradicionales. Vimos la mala distribución de las plantas, demasiado esparci-

das en una parte, demasiado apiñadas en otra, y el carácter rudimentario del sistema empleado para recoger el agua de lluvia: algunos pequeños hoyos en la tierra y unos pocos canales mal trazados. La producción media del arrozal variaba entre los 600 y 700 kg. de arroz por ha.

Luego nos dirigimos a una extensa bolanha trabajada por el DEPA y por un grupo de familias de la aldea. Cuando los técnicos del Comisariato de la Agricultura llegaron aquí, más de doscientas familias se interesaron al comienzo en la propuesta de cultivar arroz con métodos nuevos, aprovechando las aguas del Geba y recurriendo a medios que permitieran aumentar la productividad de la tierra. Pero la gran mayoría, al enterarse de que se trataba de trabajar los campos en la estación seca, empezaron a mirar con escepticismo el proyecto y lo abandonaron poco a poco. Apenas 12 familias persistieron hasta el fin, a pesar de haberse convertido en el ridículo de los demás habitantes de la aldea, que les decían que iban a volverse locos, que se les pondría “el cerebro negro” por trabajar al sol y sin lluvia.

El apoyo técnico a esta experiencia se desdobló en diversos aspectos: preparación de las tierras, instalación de viveros, ordenamiento de la plantación, elección de abonos, sistema de irrigación, pulido mecánico, almacenamiento, etc.¹.

Se veía a lo lejos un tractor de oruga removiendo algunos árboles y terraplenando en la mitad de una vasta planicie. Cerca del camino estaban los canteros rectangulares, contorneados por canales, donde se experimentaban las diferentes variedades de arroz, desde las especies de ciclo breve a las de ciclo largo (90 días y 4-5 meses, respectivamente), algunas sembradas con fertilizantes, otras sin abono. Una vez seleccionadas las mejores variedades y las que más se adaptan a las condiciones locales, se las reproduce en cantidad para entregarlas como simiente a los campesinos de los alrededores.

Surgió entonces un problema muy importante: ¿cómo organizar el trabajo productivo en el arrozal? ¿Había que limitarse a apoyar la antigua estructura familiar de producción, en la que cada familia cultiva un área individual? ¿O había que avanzar rápidamente hacia un sistema cooperativo, colectivizando desde luego la explotación de la tierra (que, por lo demás, pertenece al Estado) y los instrumentos de producción?

¿Cuál debe ser la dimensión de la unidad familiar?

Esta es hoy, naturalmente, una de las cuestiones neurálgicas de la política agraria en Africa, cuestión en la que se juega el futuro mismo de las sociedades campesinas. Por un lado, la dimensión de la unidad familiar de producción está profundamente arraigada en las costumbres de la población, aún cuando existan formas interesantes de colaboración interfamiliar en las labores agrícolas. Por otro lado, la debilidad de la familia campesina, considerada como unidad productiva, le impide obtener los medios financieros y técnicos indispensables para el desarrollo. La explotación colectiva de la tierra y la ampliación de la unidad productiva se convierten así en condiciones necesarias para el progreso, también porque permiten transformar las relaciones entre individuos y grupos, estableciendo un vasto sistema de colaboración en el que todos participan en un pie de igualdad.

Sin embargo, las experiencias de colectivización compulsiva o prematura se han revelado ineficaces y aún perjudiciales. Sólo se logran resultados positivos cuando los campesinos avanzan hacia formas de propiedad cooperativa u otras formas de propiedad

(1) Un proyecto FOA / PNUD ha suministrado fuertes inversiones para este esquema de producción de arroz.

colectiva de manera conciente y deliberada, procurando satisfacer necesidades realmente sentidas, con un margen suficiente de seguridad.

Los técnicos del DEPA, muy atentos al problema, propusieron en Contuboel una solución que resultó la más apropiada para las circunstancias concretas. El arrozal cultivado en común por las familias que adhirieron al proyecto está dividido en franjas que se extienden transversalmente entre la ruta y el río, y cada familia trabaja una franja autónomamente. Tal vez se trate de una forma de transición, pero por el momento tiene la gran ventaja de conciliar los beneficios del apoyo técnico colectivo y la estructura social de producción a nivel familiar.

Cada familia dispone así de un área algo inferior a media hectárea. Cuando inspeccionamos las franjas del nuevo arrozal, pudimos advertir inmediatamente la calidad del sistema de plantación: el ordenamiento y la distribución de las plantas eran incomparablemente superiores a los del arrozal que habíamos visto primero. Por el sistema de irrigación circulaba agua en abundancia y no era agua de lluvia. Venía del río Geba gracias a las poderosas motobombadoras que la elevaban al nivel del arrozal, ya que el río ha excavado un valle estrecho y corre por debajo de la planicie. Gracias a esta agua fue posible obtener dos cosechas anuales de arroz, una en la estación seca y otra en la lluviosa. Y los que fueron al campo a trabajar en la estación seca no se volvieron locos ni se les quemó el cerebro...

Además de irrigarlo, se abonó el arrozal. El jefe del equipo del DEPA, que vive en la aldea, nos contó que estaban empleando un abono en base a las algas recogidas en el río, mediante una técnica que expertos chinos habían introducido en Senegal con resultados alentadores.

Lo admirable es que el recurso a esa serie de medios relativamente simples y baratos permitió aumentar espectacularmente la productividad. Mientras un campo de arroz tradicional produce, como vimos, de 600 a 700 kg. por ha., este arrozal alcanzó las 4 toneladas por ha., o sea, 6 veces más y dos veces por año.

La mecanización agrícola

Cuando nos referimos a la relativa simplicidad de los medios técnicos utilizados, sabemos que todo el problema tiene que ver con la compleja temática de la mecanización agrícola. También en este dominio se avanza con cautela en Contuboel, en la medida en que se prioriza, en el trabajo con los campesinos, la introducción de la tracción animal. No es en realidad una práctica tradicional en Guinea-Bissau. Pero esta región posee ganado abundante y sería imperdonable no explotar ese potencial a fin de aliviar el trabajo de los campesinos y aumentar la productividad agrícola. Por esta razón el DEPA envió a la aldea un especialista que está procurando dinamizar el uso de la tracción animal, como ocurre con proyectos análogos en curso en el este del país, en la región de Fát-Mandinga.

Así, los campesinos cultivan arroz sin recurrir aún a la mecanización. La única maquinaria usada colectivamente es una pequeña pulidora a pedal instalada en un recinto de cemento a la entrada de la aldea.

La presencia en las cercanías de maquinarias que mencionamos se hallaban en las cercanías de la sede del Departamento de Experimentación y Producción de Arroz, en plena aldea, la casa tiene una sala grande de reuniones con una pequeña biblioteca y una dependencia lateral que sirve provisoriamente para almacenar arroz mientras se finaliza la construcción de los depósitos.

El grupo de técnicos del centro de Contuboel coordina la labor de unos 40 trabajadores asalariados, porque el DEPA, además de los arrozales cultivados por las familias de la aldea, tiene sus propios campos con viveros y canteros para la reproducción de semillas. En 1977 explotaba directamente tres hectáreas, en 1978 se elevaron a 75 y se prevé llegar a 100 ha. A fines de 1979.

En la sede del DEPA participamos de una reunión con los “notables” de la aldea, varias decenas de campesinos que hablaban la lengua fula que un intérprete vertía al criollo. El primero que habló fue un anciano venerable, “sacerdote” musulmán, pero muchos otros tomaron luego la palabra, animados por el estilo informal de la reunión y por la insistencia del ingeniero agrónomo en que dijeran no sólo lo que estaba bien, sino también lo que andaba mal. En nuestra presencia recapitularon la historia del trabajo iniciado allí, los comienzos del arrozal y los primeros pasos dados para movilizar a la gente.

Los campesinos dijeron que había hambre en la región porque las lluvias habían sido escasas y el arroz se secó en casi todos los arrozales por falta de irrigación (en 1977 llovió apenas la mitad de lo acostumbrado). Lo mismo ocurrió con otros cultivos. Sólo en la aldea de Contuboel no faltó arroz. Nos refirieron las dudas del principio y el escepticismo colectivo sobre los posibles resultados de la experiencia. Nos describieron la tenacidad de las primeras doce familias, su trabajo para despejar el terreno, preparar los viveros, cultivar la tierra y dividirla en parcelas, subrayando que la labor se hacía colectivamente, sin discusiones, con la cooperación de todos, lo que debía “servir de ejemplo” a todos los campesinos de Guinea-Bissau.

Nos hablaron del entusiasmo suscitado por el éxito de la primera cosecha en la estación seca y del gran número de familias –170– que deseaban ahora ingresar a la cooperativa².

Los datos cuantitativos demuestran con evidencia una realidad: la movilización de los campesinos no se realiza sobre la base de una “preparación mental”, abstracta. Debe partir de una experiencia eficaz y convincente. En contraste con el hombre de la ciudad, que dispone de otras defensas y de más protección social, el campesino no puede arriesgarse a practicar innovaciones audaces que pongan en peligro su propia supervivencia. De ahí su resistencia natural a los cambios de futuro incierto y su adhesión, inversamente, a las iniciativas de resultado verificado. La incomprensión de este hecho es tal vez responsable de muchos errores cometidos en las tentativas de movilizar a los campesinos.

El aumento espectacular del número de familias integradas al proyecto del DEPA se debió a las evidencias concretas, que vencieron resistencias, hábitos y dudas. Aún así, cada familia había actuado con cautela y nunca destinaba a todos sus miembros activos para tomar parte en la experiencia del nuevo arrozal. Uno de los “notables” contó en la reunión que su familia abarcaba 60 personas (los fulas tienen familias grandes, de tipo patriarcal y régimen poligámico, integradas por varias generaciones y en varios grados de parentesco), de las cuales solamente 10 iban a trabajar al arrozal, donde poseían 5 parcelas; el resto cultivaba otros productos, maní, mijo, frijoles, tomate, etc. Otro tenía una familia de 25 miembros (“contando los niños que no trabajan pero comen” pero solamente 6 de los adultos cultivaban las 2 parcelas del arrozal que les habían confiado. Las familias se mostraban prudentes, diversificando las tareas productivas en su seno en previsión del fracaso eventual de alguna de ellas.

(2) El número de familias de campesinos cooperando es ahora (en octubre de 1979) de 1.010, abarcando a seis aldeas.

Pero la mayor innovación operada en los hábitos tradicionales fue que el trabajo en el arrozal pasó a ser compartido por hombres y mujeres. Hasta entonces, sólo las mujeres estaban a cargo del cultivo del arroz. Ahora también los hombres trabajaban en los campos. El cambio de las condiciones materiales provoca cambios importantes a nivel de relaciones sociales.

El necesario apoyo técnico

Nos llamó la atención la insistencia de los “notables” en la necesidad de incrementar el apoyo técnico a su trabajo. Mencionaron varias veces su deseo de crear condiciones para aliviar el peso del trabajo manual, así como para superar las inseguridades del clima y de la lluvia. Pedían expresamente más ayuda para el transporte del arroz y decían que los técnicos del DEPA en Contuboel necesitaban más apoyo, tanto del gobierno central como de los pobladores de la zona.

En realidad, cualquier experiencia exitosa –aunque sea modesta– desencadena el deseo de otro avance. En ese sentido, evidentemente, hay mucho camino a recorrer, pero los pasos dados son significativos, sea en tracción animal y mecanización, sea en estudios relativos a la selección de semillas (la selección solo se obtiene luego de tres años de experimentación), abonos y fertilizantes (son tierras pobres en fósforo y nitrógeno) y los ensayos de utilización de insecticidas y herbicidas.

Como el supervisor del proyecto del DEPA escribió en un artículo aparecido en la revista mensual del PAIGC:

“Es indispensable que los campesinos verifiquen que el resultado de la cooperación se traduce en un aumento real del volumen de la producción y en una mejora de las condiciones de vida. Para eso, en la fase actual, es necesario:

1. mejorar las técnicas agrícolas, empleando simientes seleccionadas de alto rendimiento; utilizar intensivamente la tierra aplicando fertilizantes naturales y artificiales para permitir la recolección de varias cosechas al año; aumentar el área cultivada; luchar contra los parásitos y las enfermedades; difundir los instrumentos a tracción animal;

2. incrementar los medios de producción tales como la tierra, los animales y los instrumentos a tracción animal, las obras de mejoramiento del terreno como la construcción de canales de riego y drenaje (eliminación del exceso de agua);

3. aplicar un buen sistema de gestión, o sea, encontrar los mejores medios de planificar, dirigir y organizar el trabajo. Buscar los medios para que la cooperativa acumule fondos de inversión. En una segunda etapa, estudiar las relaciones entre la propiedad colectiva y el área a ser explotada individualmente por cada miembro”. (O. Militante, N° 2, agosto de 1977).

Volviendo a la reunión, los campesinos también expresaron el deseo de que se aumentaran las áreas de las parcelas familiares, dada su insuficiente dimensión actual (de 0,3 a 0,5 hs.). No sorprende esta reivindicación, teniendo en cuenta que el consumo medio per cápita de arroz en Guinea-Bissau se estima en 100 kg. Anuales. Los “notables” también juzgaban indispensable extender la experiencia de Contuboel a las aldeas vecinas, no sólo por altruismo o espíritu de solidaridad para que otros pudiesen recibir los mismos beneficios, sino también por un comprensible deseo de defender sus propios in-

tereses. Aquí la hospitalidad es sagrada. Cuando por los alrededores se corrió la voz que se había arroz en abundancia en Contuboeel, numerosos amigos y vecinos venían a visitar a sus familias de la aldea, que compartían su arroz con ellos. Es un pequeño inconveniente, propio del que tiene lo que a otros les falta... Pero también es una lección práctica de cómo compartir lo que se tiene.

Luego de esta conversación, el crecimiento del DEPA permitió integrar el arrozal a familias de aldeas próximas, cumpliendo así el deseo de los campesinos de Contuboeel.

Organizando a los campesinos

Esta experiencia de cooperación agrícola nos llevó a pensar sobre el problema de su evolución y perspectivas futuras. Los técnicos del DEPA defienden claramente el principio de que su actuación debe ir disminuyendo en intensidad con un doble objetivo: por un lado, transferir progresivamente a los propios campesinos las responsabilidades de gestión que ahora recaen en los técnicos; por otro lado, permitir que los últimos dispongan de mayor libertad para cumplir otras tareas, facilitándoles ante todo más movilidad para apoyar las nuevas experiencias que se inician en otras partes.

Pero la cuestión fundamental es, evidentemente, la capacidad de auto-organización de los campesinos a fin de asumir la dirección de su cooperativa. El próximo paso en esta dirección consiste en crear Comisiones de Campesinos que agrupen a familias que explotan en conjunto unas 20 ha. de tierra. ¿Por qué 20 ha.? Porque es el área correspondiente a la capacidad de riesgo de cada motobombeadora. La idea es, entonces, congregar a las familias en torno a los instrumentos de producción, en este caso poniendo el acento en el factor que permite irrigar, un elemento decisivo del proceso. Cada Comisión de Campesinos es así responsable de la gestión de 20 ha. De terreno, más o menos equivalentes a 40 parcelas, con la respectiva motobombeadora, y también está a cargo de las semillas y abonos, el transporte, almacenamiento y comercialización del arroz.

Para que este sistema pueda funcionar, se impone un esfuerzo global de capacitación de los campesinos en el desempeño de las misiones exigidas, lo que implica el lanzamiento –ya proyectado– de un programa de alfabetización y de enseñanza del cálculo. Planificar la producción, organizar el trabajo, contabilizar los costos, programar el almacenamiento y el consumo, prever las inversiones son, entre otras, las numerosas tareas que la Comisión de Campesinos debe ir asumiendo gradualmente, a partir de los requerimientos de la práctica. Precisamente porque se trata de exigencias dictadas por la cotidianeidad, habrá condiciones para obtener buenos resultados en el aprendizaje de la lectura, la escritura y el cálculo³.

Naturalmente, surgirán dificultades. La mayor parte de ellas tal vez se originen en la lógica tradicional de la economía campesina, en buena medida incompatible con los criterios de gestión de una economía, digamos, planificada. El campesino que vive en un régimen cercano a la economía de subsistencia, consume directamente la mayor parte de su producción, comercializa otra parte vendiéndola o trocándola por los productos que necesita (ropa, jabón, sal, etc.) y en muchos casos consume en ceremonias y fiestas los excedentes. De estos hábitos está ausente la práctica de acumular reservas para la compra

(3) Un proyecto de la CMCH/AD para apoyar esta capacitación mediante el establecimiento de una unidad de ayudas audiovisuales, instalada en Contuboeel, ha sido recientemente patrocinado (bilateralmente) por DanChurchaid (Dinamarca).

de nuevos instrumentos de producción, y, en general, para el crecimiento de la producción y de la productividad. La gestión de una cooperativa supone, precisamente, otro esquema mental y de comportamiento práctico, implicando funciones como la planificación, organización, contabilidad, proyección, etc. Y también la gestión de los excedentes para promover el desarrollo. La manera de resolver esas cuestiones ejercerá una gran influencia en la evolución de las cooperativas de producción agrícola y en el futuro de las Comisiones de Campesinos.

La dirección de esas Comisiones, que aún se encuentran en su fase inicial, está asegurada por campesinos elegidos en asambleas, aunque en algunos casos sus nombres fueron sugeridos por los técnicos del DEPA. El criterio fundamental para formarlas es agrupar a los que adquirieron más prestigio con su trabajo, compensando así la espontánea inclinación de los campesinos a mantenerse en los marcos de la jerarquía tradicional. Ocurre, justamente, que los jefes tradicionales no hacen trabajo productivo y la supervivencia de su autoridad alimenta una estructura social arcaica. De ahí la importancia del factor trabajo para el surgimiento de un nuevo tipo de "autoridad", una autoridad que ya no está sacralizada ni se apoya en los viejos sistemas de dominio, sino que parte de una base de igualdad y se impone por la dedicación a las tareas productivas y por la capacidad de dirección revelada en la práctica. En otras palabras, quienes hegemonizan las Comisiones de Campesinos son los mejores trabajadores y no los caciques. Entre los campesinos, evidentemente, algunos gozan de mayor influencia política y social, como es el caso de uno que trabaja en el arrozal de Contuboeel y es diputado a la Asamblea Nacional Popular, o de otros que son consejeros regionales. Pero estas posiciones y el prestigio que las rodea no les da ninguna situación de privilegio.

“Ahora estamos viviendo nuestra independencia”

Así, diferentes cambios sociales pueden ser desencadenados mediante cooperativas agrícolas de este género. Más allá de los aspectos cuantitativos del aumento de la producción, más allá de las perspectivas que se abren para la organización del trabajo colectivo y la gestión de los recursos comunes, el proceso en marcha tiene potencialidades que pueden alterar profundamente la estructura social existente, terminando con las jerarquías tradicionales y creando una dinámica apoyada en los nuevos valores del trabajo, la dedicación, la capacidad de dirección.

Este potencial transformador contiene en su seno la promesa de una nueva sociedad. Pero también aquí existe el gran peligro de precipitar procesos sin la debida madurez o de forzar modificaciones económico-sociales sin atender a la importancia de los factores culturales. La conciencia de ese peligro fue una de las principales garantías de la experiencia en Contuboeel, como lo demuestra la siguiente cita del artículo ya mencionado:

“En nuestro país, ¿será posible formar cooperativas agrícolas de campesinos?”

“Es posible, siempre que se tengan en cuenta las experiencias de los países hermanos de África, siempre que se proceda al estudio previo de las realidades de los habitantes del área donde se implantará la cooperativa, siempre que se movilice al campesino y su participación sea un hecho de libre consentimiento, siempre que sea él, el campesino, quien construya su cooperativa, siempre que el proceso no vaya mucho más lejos que la conciencia y la posibilidad momentánea del campesino, siempre que haya un aumento evidente de la producción y una mejora de las condiciones de vida del campesino.

“Y el nivel cultural del campesino, ¿no será un factor que limite la creación de cooperativas en Guinea-Bissau?”

“El hecho de tener en nuestra tierra una aplastante mayoría de campesinos analfabetos no significa que podamos decir que la cooperación campesina es irrealizable por ahora.

“El aspecto principal no es aumentar el nivel de conocimiento del campesino para que pueda “acceder” al nivel de la cooperativa. Por el contrario, se trata de llevar la cooperativa al nivel de conocimiento y de preparación del campesino. Se trata de encontrar formas primarias de cooperación que motiven al campesino y lo impulsen a elevar su nivel de conocimiento y de preparación técnica para adoptar formas superiores de cooperación. Es la cooperativa la que debe encontrar la forma de adaptarse al campesino, y no el campesino a la cooperativa”.

Al despedirnos, los “notables” de la aldea de Contuboel nos dijeron: “Antes, si queríamos ir a Bafatá, no podíamos pasar porque había un árbol atravesado en el camino”. Querían significar con eso los obstáculos de los viejos tiempos, los tiempos en que “la tierra estaba cerrada” Y concluyeron: “Ahora estamos viviendo nuestra independencia”.